

# *La Decena Trágica*

Servando Ortoll\*

A veces uno se pregunta mediante qué artilugios ciertos libros se publican. ¿Tienen las editoriales cada día peores dictaminadores? ¿Piensan que por tratarse de un tema de moda un libro circulará bien entre los acríticos lectores mexicanos? ¿O conoce el autor a personas clave dentro la empresa editorial que apostó por el manuscrito? Posiblemente una combinación de estas y otras circunstancias llevó al Grupo Planeta a publicar la obra que reseño, bajo el sello de Editorial Diana. Agrego que en el campo de la mercadotecnia editorial siempre aparecen temas que por su pertinencia conmemorativa llevan a los agentes a buscar autores dispuestos a tratarlos, por espinosos o sencillos que parezcan. Estos agentes siempre encuentran a historiadores, o a aprendices del oficio, convencidos de que son capaces de lidiar con cualquier tema que se les presente. Son más los aprendices que se prestan a probar su suerte, es verdad. Pero lo es también que los historiadores de oficio no escapan con facilidad a la tentación de una casa editorial que promete grandes dividendos y una distribución que jamás alcanzaría una editorial universitaria.

Los resultados varían, pero entre más complejo sea el tema por su naturaleza, más dificultades encontrarán los historiadores, y quienes se inician como historiadores, para salvar los escollos que impiden encontrar materiales

◆ Profesor-investigador  
del Instituto de  
Investigaciones  
Culturales-Museo de la  
Universidad Autónoma  
de Baja California,  
campus Mexicali  
servando.ortoll@gmail.  
com

José Manuel Villalpando, 2009, *La Decena Trágica*, Planeta, México.

confiables en qué basarse; sintetizar los hechos reseñados, e imaginar la mejor manera de presentarlos frente a un público poco versado en el tema. El problema para cualquier historiador de oficio que se atreva a participar en una de estas aventuras es cómo presentar un tema serio y bien documentado ante un público amplio: ¿cita materiales inéditos?, ¿coloca o elimina las notas al calce?, ¿escribe una “novela histórica” o, como ahora la llama Paco Ignacio Taibo II, una “historia narrativa”?

Para mí es evidencia del poco respeto que tienen las editoriales comerciales hacia los lectores de la historia nacional el que contraten a historiadores poco experimentados para que escriban sobre temas espinosos. En particular, porque el resultado difiere de la apariencia: *La Decena Trágica* de José Manuel Villalpando es una obra histórica seria en cuanto a su aspecto, pero *light* en lo sustantivo. Como alguien apenas iniciado en el campo de la historia, Villalpando enreda al lector por sus afirmaciones poco fundamentadas, que brotan desde que uno abre la primera página de su libro. No voy más lejos. Me detuvo su primer párrafo: “Este pequeño libro es una narración basada en *las fuentes directas que existen* de los sucesos ocurridos en el mes de febrero de 1913 en la Ciudad de México” (p. 9, las cursivas son mías). ¿Qué querría decir exactamente Villalpando por “las fuentes directas que existen” de los sucesos sobre los que escribe? ¿Qué significan para él las “fuentes directas”?

Como historiador pienso de inmediato en lo que llamamos “fuentes primarias”. Esto es, las que produjo un testigo presencial, o al menos un contemporáneo de los hechos que relata, hayan sido o no publicadas. No hay más que saltar a la página 101 de *La Decena Trágica* para encontrar que esas “fuentes directas”, con una salvedad, no provienen de testigos oculares. Tampoco se trata de fuentes “imparciales” o de fuentes que aporten visiones rivales de los eventos. De las diez fuentes con las que cuenta esta obra (sin que

su autor se basara adicionalmente en trabajo de archivo o hemerográfico alguno) dos las publicó el INEHRM (Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana), un organismo que desde hace décadas produce versiones oficialistas de la historia; mientras que dos más las publicó la Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana. Lo anterior significa que el 40 por ciento de la pequeñísima bibliografía que utilizó Villalpando (¿necesito decir que el número de publicaciones sobre el tema sobrepasa en mucho las diez obras que menciona el autor?) proviene de fuentes gubernamentales.

Tan solo esa cantidad de volúmenes oficialistas bastaría para influir en el pensar de cualquiera. ¿Qué más decir de sus otras fuentes? Tres son supuestas memorias o autobiografías (la de Rodolfo Reyes, la de Manuel Márquez Sterling y la de Victoriano Huerta); una publicación adicional es la biografía de Pedro Lascuráin que toca de manera tangencial los eventos de febrero de 1913; otra, la de Alfonso Taracena, se basa en periódicos de la época y habla también de manera superficial sobre la Decena Trágica. Quedan dos libros para llegar a la decena (trágica, también, por lo escasa y parcial): una compilación de documentos de la época inclinada a favor de Francisco I. Madero y por tanto en contra de Huerta, y *La Decena Trágica* de Juan Manuel Torrea, el único libro, de todos los citados, que posiblemente contenga materiales interesantes. Un onceavo libro, no incluido en la bibliografía (*La ciudadela de fuego*, publicado entre otros organismos por el INHERM) proveyó las fotos interiores. Sin pies de página o notas al calce en la obra, Villalpando deja al lector con la duda sobre si lo que afirma se fundamenta en fuentes confiables o se debe a sus “interpelaciones y adaptaciones personales” (p. 9).

Con una bibliografía repetitiva y oficialista y sin trabajo de archivo o hemerográfico alguno, un autor con la parca

experiencia historiográfica de José Manuel Villalpando no aporta muchos datos novedosos (o exactos) en torno a lo ya repetido tantas veces desde la historia oficial. Una excepción es lo que Villalpando narra en torno a si Huerta ordenó el asesinato de Madero. Según la versión que el autor maneja, y que ha circulado por escrito desde 1914, Huerta se opuso al asesinato de Madero. Esta versión, que se han negado a aceptar quienes defienden y diseminan la postura carrancista de la historia, la publicó primero Edward I. Bell (por un tiempo dueño de los periódicos *La Prensa* y *The Daily Mexican* de la ciudad de México) y, posteriormente, la esposa del encargado de negocios de la embajada norteamericana, Edith O'Shaughnessy.

La versión de Bell, basada seguramente en información de individuos que estuvieron presentes en el encuentro en el que se decidió la suerte y muerte de Madero, describe una reunión en la que en efecto participaron generales y civiles (entre ellos Rodolfo Reyes, hijo del general rebelde Bernardo Reyes, quien cayó bajo las balas de las tropas leales a Madero, apostadas en Palacio) y en la que se encontraba Huerta. Según Bell, fue el 17 de febrero, es decir *antes* de que Huerta fuera presidente provisional, que tuvo lugar la reunión en la que se decidió la vida de cuatro hombres: Francisco I. Madero; José María Pino Suárez; Adolfo Bassó (el intendente de Palacio que supuestamente dio el tiro de gracia al general Reyes), y Gustavo Madero, hermano del presidente.

Huerta, atestigua Bell, fue el único de los miembros de la reunión que se opuso a la muerte de Madero: no porque el general fuera un “hombre compasivo, que retrocediera ante el derramamiento de sangre, [o] gobernara sus actos por un fino sentido de propiedad, dispuesto a perder el mundo entero por un ideal de derecho”. Para Bell el general:

era enteramente capaz de sentir y ceder a impulsos vengativos, pero era juicioso [...]. Contra ninguno de los cuatro hombres [Madero presidente, Pino Suárez, Bassó y Gustavo Madero] Huerta sustentaba suficiente animadversión personal en este momento [17 de febrero] como para justificar incluso un arranque de ira.

Pero Huerta estaba solo entre un grupo de hombres poderosos que clamaba la vida de Madero. Según el periodista Bell:

la combinación Díaz-Mondragón-Reyes-De la Barra, conforme se encontraba representada en la reunión [del 17 de febrero] se mostraba sólida a favor de la muerte de Madero y Huerta se encontró aislado a favor de la vida de [este] hombre.

Villalpando, sin citar fuente alguna y casi al final de su obra, escribe arriesgada y descabelladamente (con varios errores importantes: entre otros que, como vimos, la suerte de Madero se decidió *antes* de que Huerta fuera presidente):

El presidente Huerta [sic] se hallaba reunido con sus ministros; estaban también presentes los generales Félix Díaz y Aureliano Blanquet, quien había sido nombrado comandante militar de la plaza. Al plantearse el asunto de la situación de los prisioneros [Madero y Pino Suárez], el ministro de Justicia, Rodolfo Reyes, deseando vengar a su padre, manifestó que era necesaria la muerte de Madero y de Pino Suárez para evitar una contrarrevolución. Todos los ministros, salvo uno, opinaban de la misma manera, pero el presidente Huerta [sic] no estaba de acuerdo: su honor quedaría comprometido, puesto que había ofrecido respetarles la vida. Fingiendo otras ocupaciones, Huerta abandonó la sesión y entonces el general Blanquet dijo:

—Si todos estamos de acuerdo en que es necesario matar a Madero y a Pino Suárez, hay que hacerlo a espaldas del presidente, [sic] simulando una fuga de los prisioneros, puesto que la salud de la República exige esas dos vidas (pp. 89-90).

En tres ocasiones llama Villalpando “presidente” a Huerta, cuando este supuestamente discutió con sus “ministros” lo que habría de acontecer con Madero y Pino Suárez. Error cronológico en el que Villalpando se abisma; además, los datos de la reunión concuerdan a grandes rasgos con el encuentro que Bell afirma que tuvo lugar el 17 de febrero; repito, días antes de que el general consiguiera la presidencia interina. Cito ahora a Edith O’Shaughnessy; para ella, quien conoció de cerca a Huerta, este “ni amaba ni odiaba” a los hermanos Madero, y Pino Suárez simplemente “no existía para él”. Según su versión, el general sabía que Madero era incapaz de gobernar, pero esto no significaba que lo deseara muerto.

Para O’Shaughnessy, y concuerdo con ella, Huerta era tan “astuto” como “para ver que Madero ajusticiado mediante el asesinato también representaba una grave amenaza para él”. Durante la reunión entre militares y civiles en la que discutían “la mejor manera de eliminar a Madero”, nos dice O’Shaughnessy, “Huerta abruptamente salió de la sala” donde se debatía la suerte del ex mandatario, y conocemos los resultados de su exabrupto: “Cuando [Huerta] dejó la suerte de Madero al juicio de otros hombres, también dejó la suya a ellos, lo cual fue su error táctico irreparable, el primer paso hacia su ruina”.

El lector que ha seguido hasta ahora mi discusión verá que concuerdo con Villalpando en este punto; en particular porque, como lo menciona O’Shaughnessy en *A Diplomat’s Wife in Mexico*, “Él [Huerta] insiste siempre en que no asesinó a Madero”. En varias entrevistas que concedió a la prensa norteamericana y que consulté, Huerta aseguró su inocencia respecto a la muerte de Madero. Ante el *Boston Daily Globe*, el expresidente provisional, tras afirmar “con vehemencia” que no había tenido “nada que ver con la muerte de Francisco Madero”, declaró en abril de 1915 que “él sabía quién fue responsable de la muerte de Madero, pero

que se lo guardaba en calidad de ‘secreto profesional’. Un reportero del *New York Times*, presente en la entrevista, repitió las palabras de Huerta en cuanto a que este no había “ejecutado” a Madero; Huerta además aseveró en esa ocasión que “pronto” se conocería la verdad de lo acontecido. Nunca supimos, y quizá nunca conozcamos, la verdad de lo acaecido, porque uno o varios individuos cuya identidad ignoramos, seguramente tergiversó o tergiversaron los contenidos de las *Memorias* de Victoriano Huerta.

Fuera de este punto de coincidencia con Villalpando en cuanto a interpretación, reportó que el resto de su obra está plagado de clichés *cum* expresiones afectadas como “la crema y nata de la nostalgia porfiriana” (p. 75) o “Gustavo A. Madero no entendía [...] de razones” (p. 60); de contradicciones (en la página 52 afirma que “la casa particular del presidente Madero [...] ardió ‘sin aparente motivo’”, pero en un pie de foto con la casa de la familia Madero en el trasfondo, dos páginas adelante, se lee que esta fue “incendiada por sus enemigos”, lo que muestra que seguramente sí existieron motivos para quemarla). La obra está llena de leyendas no comprobadas, como el caso de “ciertos artilleros” federales que “deliberadamente descompusieron las miras de sus cañones [por lo que] sus disparos jamás atinaron [en] la Ciudadela”; o de información histórica inexacta: Villalpando menciona en demasiadas ocasiones a los “embajadores” de varios países cuando el único embajador en México durante esos años era Henry Lane Wilson, de Estados Unidos.

Esta obra contiene cuestionables juicios de valor: para Villalpando, Woodrow Wilson, quien por su odio personal a Huerta ordenó la invasión del puerto de Veracruz el 21 de abril de 1914 y con ella la muerte de cientos de veracruzanos, era ¡“un catedrático con ideas éticas”! (p. 59). Por último, el autor repite, sin aportar pruebas, opiniones escuchadas a otros comentaristas de lo ocurrido durante

esos días; como a Enrique Krauze, para no alejarme demasiado. Al igual que a este, a Villalpando lo sorprende que la inexpugnable fortaleza y depósito de armas conocida como la Ciudadela no cayera en manos de los hombres de Madero (con Huerta a la cabeza) cuando lo cierto es que Huerta sí intentó, sin éxito, dar un golpe mortal a la Ciudadela. Fue por ello en gran medida que Huerta optó por la opción que le propuso Henry Lane Wilson, quien buscaba por todos los caminos que cesara el bombardeo cotidiano de la ciudad de México. ¿Debo añadir que Villalpando repite acríticamente lo que otros refieren respecto al embajador norteamericano?

En sus documentos personales y en otras declaraciones públicas, Henry Lane Wilson explica que presentó su propuesta de solución a un conflicto que no terminaba para detener el derramamiento de sangre; pese a esto, muchos historiadores mexicanos y mexicanistas han perpetuado la versión de Woodrow Wilson (gran manipulador de la historia y de los hechos, por cierto) que afirma que el embajador *intervino* en los asuntos internos de México. Es cierto que lo hizo siguiendo las prácticas de esos días, como también fue cierta la amenaza de tomar el país por tropas norteamericanas, un ardid para amedrentar a Madero. Pero no echemos la culpa de todo lo ocurrido a Henry Lane Wilson sin conocer más a fondo cómo los acontecimientos fueron sucediéndose. Tiempo es de escuchar su postura: ‘Después de que se anunciara a la embajada norteamericana el derrocamiento de Madero para que se trasmitiera [la noticia] al cuerpo diplomático, se desarrolló inmediatamente una nueva situación’. Y ¿en qué consistió esa “nueva situación” según el exembajador?

Dos ejércitos hostiles ocupaban la ciudad de México que había sido devastada por diez días de bombardeo, durante los cuales las vidas de unas cinco a siete mil personas fueron sacrificadas. En los barrios más pobres de la ciudad, miles de personas pasaban hambre. Los bandidos

comenzaban a aparecer por todas partes decididos a saquear. La vida humana no estaba asegurada en lugar alguno. [...] La escasez de alimentos se acrecentó, y la dificultad de alimentar a un gran número de gente que dependía de la embajada para sus abastos crecía hora tras hora. Pareció al embajador que su deber era claro e inmediatamente mandó pedir, bajo su propia responsabilidad, que el general Félix Díaz y el general Huerta vinieran a la embajada, como terreno neutral, con el propósito de llegar a arreglos, de ser posible, para cierto cese de hostilidades. Ocho horas después del derrocamiento de Madero estos generales vinieron a la embajada. El embajador había conocido a estos hombres solo una vez antes en compañía de sus colegas, pero logró tras seis horas de discusión —en momentos con un carácter altamente irritado— inducir a estos hombres a que aceptaran ceder sus poderes al Congreso. Esto se hizo y al día siguiente la gente de la ciudad de México reasumió sus ocupaciones pacíficas.

El embajador norteamericano, es cierto, odiaba a Madero. Pero... ¿fue el único en amenazar al presidente mexicano con la invasión de tropas de su país? Cuando Bernardo J. Cólogan de Cólogo, ministro español, se preparaba a entrevistarse con Madero durante los aciagos días de la Decena Trágica, solicitó del embajador permiso para recordar a Madero de la invasión inminente de tropas estadounidenses, de no ceder ante las presiones del cuerpo diplomático que le pedía que resignara a la presidencia. Lo que sigue forma parte de una carta que escribió Cólogo al ministro de Estado español:

El miércoles 12 y el jueves fue durísimo e incesante el estruendoso cañoneo. [...] La gravedad de la situación aumentaba a medida que se difería la toma de la Ciudadela, y decidido a obrar siquiera una vez por mi sola cuenta, lo anuncié a Mr. Wilson, autorizándome a usar del argumento de la venida de tropas americanas. [...] esa autorización me sirvió para presentar desde luego al ministro de Relaciones Exteriores, como después al presidente y Félix Díaz, el dilema que presentaría la

venida de marinos americanos: la humillación y la deshonra, si nada se les hacía; un [acorazado] “Maine” de carne y hueso que se les entraba en el país, si morían algunos aunque fuere apuñalados, lo que poco importaría, [sic] pero que por de pronto serviría para quedarse con el terreno en disputa del Chamizal o la Bahía Magdalena, a título de garantía contra salvajes, [sic] sin perjuicio de algún acaparamiento monetario en las aduanas, aunque lo de una invasión o intervención verdadera (*?200, 400,000 hombres?*) sería cosa de meditarlo e ir despacio.

\* \* \* \* \*

El Grupo Planeta juzgó con ligereza cuando solicitó a José Manuel Villalpando que desarrollara en una obra de fácil digestión el complejísimo, y aún no clarificado por completo, asunto de la Decena Trágica. Villalpando, abogado e historiador y autor de más de 25 obras, según consta en la solapa, carecía de las herramientas para culminar con éxito la tarea: hablo de que se requiere, además de ser sintetizador y escritor, buscar en archivos y bibliotecas alejados del parcial y relajado acervo personal. Abundar en la Decena Trágica precisa mucho más que tener buena pluma (la de Villalpando, por lo demás, es de punta romana): requiere de escudriñar documentos en archivos ubicados dentro y más allá de nuestras fronteras. Esto no lo hizo José Manuel Villalpando y en cambio agregó a la extensa lista de obras oficialistas, una más que poco valor aporta a la historiografía mexicana de la revolución. ☰

[FE DE ERRATAS: En el número 60, volumen XXI, se publicó la reseña “El fin del poder”, escrita por la doctora **Laura Loeza Reyes**. En el índice, en la contraportada y en las páginas 239 a 244 se agregó una vocal al primer apellido de la autora, de tal manera que este apareció erróneamente como “Loaeza”. Sirva la siguiente fe de erratas como enmienda.]